

de la aspiración constante hacia el Bien y la supresión lenta, pero indefinida del Mal, puede, creo yo, ser admitido por todos los partidos sinceros amantes del progreso y de la Libertad. A mi humilde entender, —continúa,— debería constituir, además la fórmula general del ideal libertario, si es que quiere despojarse de todo tinte utópico.»

Concepto que fué censurado duramente por escritores libertarios de los más autorizados, que, lo rechazaban en redondo, protestando que dejarían de ser anarquistas si llegaban a considerar un sueño irrealizable la anarquía absoluta. Mientras todos los republicanos españoles y con ellos el gran Pi y Margall, se mostraban conformes de esta concepción; y aun veía en ella, éste, una posibilidad de concentrar en una poderosa falange a todos los elementos progresivos.

Y hétenos aquí en el mismo caso; ya que nuestra discrepancia está en que creo, como partidario de la teoría del mal menor, en el mejoramiento social por la evolución y tú la niegas, sin duda como buen sucesor de los censores del concepto de Tárriada.

Al igual que tú, la mayoría de los que se llaman anarquistas; sin perjuicio que luego les sea forzoso, cuando hablan de la autoridad o de la Ley, reconocer que los amantes de la evolución—supresión paulatina del mal; avance lento pero seguro del bien—no somos enemigos de la supresión o desaparición de la autoridad, «porque la evolución de la autoridad conduce a la negación de la autoridad misma» «Si admitimos —dice Urales refiriéndose a la evolución del Poder—que el hombre puede emanciparse poco a poco de la dirección del poder nacional, y admitimos la posibilidad de que ese hombre se emancipe por completo, de la tutela del Poder, admitimos a la larga la anarquía».

Y eso es precisamente lo que yo admito. Claro que ello supone el progreso natural, lento, pero seguro, acelerado por los descubrimientos de la ciencia. Progreso lento que es lo que desespera a los impacientes que quieren.....

Obsecados o llevados quizá de buena fe, no queréis ver lo que es la realidad; contribuyendo a ello grandemente, el que nuestra vida sea tan efímera en el tiempo, que casi no podemos notar el progreso y séanos preciso para verlo, comparar el hoy con el ayer de épocas pretéritas a nuestra existencia.

¿Que no estamos bien y que impera la injusticia y la arbitrariedad? Sabido y archisabido. Pero forzoso te será reconocer, como yo, con el autor de «El botón de fuego» «que lo pasado fue peor que lo presente.» (Obra citada p. 164)

Porque de hecho, ser conservador o estatal absoluto, no es posible. En el tiempo, el progreso es un régimen estatal o conservador es evidente. A la larga, nada puede sustraerse a la ley de la evolución.

Me dices que mientras no desaparecan las causas, subsistirán los efectos. Cierto; pero como llegar a ello? ¿Cual es el medio más seguro y rápido para conseguir el mejoramiento social y humano anhelado? ¿La política? ¿La revolución en la calle? ¿Cual?

«¿Acaso crees—me preguntas—que dentro de esta sociedad llena de proletrumbre, de vicios y lacras, el hombre, el género humano, puede llegar a perfeccionarse o superarse de tal modo que haga posible la transformación sin necesidad de apelar a la fuerza?»

Yo creo que sí, aunque despacio. Mientras que por la fuerza no habría tal transformación sino cambio. Después... pudiera pasar lo que en Rusia

Cuando se está enfermo de todo el organismo y la enfermedad es crónica, como le pasa a la actual sociedad, aunque susceptible de mejorar, forzoso es conformarse con el pequeño, pero seguro mejoramiento diario. Querer adelantar la curación no es lo más probable provocar un retroceso?

Por la fuerza, derribar un gobierno, cambiar un régimen, es relativamente fácil; no así las costumbres, la educación y el pensar de un pueblo. Tan difícil es hacer un pueblo libre, esclavo; como un esclavo, libre.

Ovidianos el detalle de que a las dificultades naturales del cambio de régimen por la fuerza, tendríamos que sumar la «colaboración» de la mayoría de los «ciudadanos» y admitimos el triunfo por la fuerza.

Si los hombres de la C. N. T. y la F. A. I. no son mejores ni piores que los demás, según tus manifestaciones, —y tus motivos tendrás para decirlo— ¿quién nos garantiza que después no claudicarán?

¡Ah! dirás contradiciéndote: «es que los hombres de la C. N. T. y la F. A. I. no son como cualquier socialista al uso.» Quizá sea así; pero todos, antes de la revolución han dicho lo mismo; más despues... te sobran dedos de las manos para contar los que fueron consecuentes y cumplieron con su deber. Y al decir todos no me refiero solamente a los políticos. Todos queremos la regeneración social, pero sin regenerarnos individualmente.

Pero admitamos que todos cumplirían con su deber y hasta que son incorruptibles. Entonces, ¿por qué temen manchar las conciencias honradas con el ceno al «pasar por la charca esa pestilente que se llama política?»

Hombres ha habido que pasaron por ella sin mancharse, y los hay que están en ella y no se manchan casi. Dirás que son los meos y que la política...

Pero el que sean pocos no quiere decir que no los haya. Luego, ¿es que son menos que éstos? ¿Es que el hombre austero y honrado, puede serlo en un sitio y en otro no? «El hombre, —decía Pi y Margall,—se prueba en la adversidad; no en los días de ventura.»

Decir fuerte, que se oiga: «abajo el capitalismo!» cuando se carece de todo, (sin negar la justicia de ese deseo), es muy fácil. Lo que no sabemos es lo que dirán el noventa y nueve por ciento de los que así gritan, si de la noche a la mañana fuesen capitalistas.

El verdadero mérito de ser honrado y consecuente, no es serlo cuando todos lo son: sino cuando la inmensa mayoría claudica. Más claro: Cuando un político, o cualquier administrador particular, roba, aprovechando que nadie le ajustará las cuentas o si se las ajustan le espera la impunidad está al alcance de todos el censurarlo, aunque sea de envidia. Lo que no está cuanto es desempeñar ese cargo con las mis-

mas facilidades para robar sin peligro y no «aprovechar la ocasión.»

Días después del triunfo de Hitler, censuraba Peiró, con razón, en admirable artículo, a los comunistas alemanes por haber sido los culpables del triunfo del «bello Adolfo» por no unirse para la lucha a no recuerdo qué otro partido alemán y seguir obstinados en mantener su candidatura a sabiendas de que sería derrotado. A vosotros los apolíticos ¿no os dice nada la derrota de las izquierdas alemanas?

Yo, co sciente y tolerante con todas las creencias, admito vuestra negativa a desempeñar cargos políticos, por ahora, sea por táctica o por esperar a que la colectividad, que hoy no piensa como vosotros, asqueada de las políticas al uso, intervenga sumándose a la C. N. T. y a la F. A. I. para establecer la experimentación del régimen comunista libertario, acabando con toda la caterva de políticos profesionales, que, hoy, sin la adición de aquella, no puede establecer el puñado o minoría de individuos de sus militantes; pero negar el voto, no lo admito.

Sinceramente creo, que el no aprovechar ese arma de dos filos que es el voto,—que en nada os perjudica,—supone un retraso. Obrero consciente que no vota, voto más que tiene su enemigo mayor: el capitalismo.

He dicho arma de dos filos, porque lo mismo puede perpetuar un régimen, que derribarlo y hacer la revolución; todo depende de saber emplearlo.

Por ello estoy de acuerdo con Tolstói en que «no son los mejores sino los piores los que siempre han gobernado y gobiernan actualmente. Todos no saben la sagrada misión del elector que no es precisamente votar al primer arribista inconsecuente que se pone en primera fila, distinguiéndose en sus peroraciones, por su halago al pueblo, prometiéndolo lo que de antemano sabe no ha de cumplir; si no la de saber, que el hombre bueno, el austero y honrado, es enemigo de toda exaltación propia y exhibición, por lo que hay que buscarlos para llevarlos a los puestos que, si no ambicionan, merecen.»

El mayor enemigo de los trabajadores, mayor que el mismo capitalismo, es el DIVIDE Y VENCERAS jesuítico...
MANUEL FERNANDEZ

Para los señores Gobernador Civil de la provincia y presidente de la Audiencia Provincial de Ciudad Real.

Excmos. Señores:
Como se crean y agravan los conflictos

Aprovechando la imparcial acogida que EL CAUTERIO SOCIAL nos dedica en su Tribuna Libre, vamos, aunque torpemente, a expresar la difícil situación por que atraviesa el gremio de panadería en Moral de Calatrava.

Desde que los salarios de los obreros panaderos, se elevaron en virtud de las nuevas bases de trabajo establecidas, han vuelto a ejercer o a tratar de ejercer dicho oficio, doce o catorce individuos, que hasta que no trabajaban en él, seis, ocho, diez o más años; pues se dedicaban a trabajar en bodegas, en los albañiles, o en las faenas del campo, etc. porque para el trabajo que habi en la panadería había demasiados obreros. Esta vuelta al oficio de esos operarios, hace que haya un sobrante mucho mayor, en la localidad

y sus dirigentes no encuentran otro modo de resolver el problema que perjudicando a los propios compañeros que son panaderos «estampados» haciéndoles «ceder» algunos días en la semana, a los «reincorporados». Además, quieren obligarnos a los firmantes, (que somos unos pobres diablos sin dos pesetas, que a fuerza de privaciones y economías hemos logrado independizarnos un poquito adquiriendo cuatro cacharros y un horno) para «fabricarnos y vendernos» nosotros mismos alrededor de sesenta panes diarios. ¡¡Sesenta panes; señores Gobernador y Presidente de la Audiencia!! ¡¡Sesenta panes, para sacar de ellos el sostenimiento de la familia, leñas, impuestos y demás...! ¡¡Uaa enormidad! a dar algunos días de trabajo a la semana a los que haya parados, cuando ninguno de nosotros, tenemos ningún día, para nosotros solos, los de casa, ocupación para cinco horas. Y hasta alguno de los firmantes, tenemos hijos solteros, que saben el oficio y están segando por no haber trabajo en casa para ellos. Por otra parte, se rumorea, que, entre dichos obreros se vierte la amenaza de accidentarse intencionadamente con agua hirviendo o brasa del horno, para cobrarnos muchos días sin trabajar, ocasionando nuestra ruina total. Y a esto, creemos que no haya derecho.

Entre los mismos obreros del gremio, se suscitan cuestiones que algún día pudieran revestir gravedad, y llevar el luto a algunas familias. Se comprende, que si en la panadería se trabaja más y se cobrase menos que en otros oficios, solo trabajarían en ella los que sintiesen vocación por el oficio y no sobrarían operarios que creasen conflictos en su gremio, y mucho menos que tratasen de entorpecer la ya mezquina marcha de quien como nosotros, todo nos lo hacemos.

Y nosotros preguntamos: ¿Es suficiente con que un individuo se asocie a un gremio, en el que sabe sobrar operarios para la localidad, para que por ese solo mero hecho haya de ser empleado hasta por los que no tienen trabajo bastante para ellos mismos? ¿Es eso racional y justo?

A los infrascriptos se nos amenaza con imponernos sendas multas si no damos algunos jornales semanales a dichos obreros sobrantes; y como lo creemos una injusticia tanto lo de las multas, como lo de dar trabajo sin tenerlo, recurrimos a Sus Señorías para que intercedan a favor de la Razón y la Justicia, en evitación de posibles desagraviados.

Si a los grandes patronos se les permite reducir su personal ¿se nos va a obligar a nosotros a tomar operarios que no necesitamos? O ¿es que se pretende destruirnos a los pequeños para favorecer a los grandes?

Creemos que con esas cosas, en nada se favorece al gremio, pues no puede existir ingreso fijo en ningún hogar de obrero panadero; y, además, se perjudica al público; pues no puede operarse esa selección que el oficio necesita para servir bien los intereses generales.

Esperando se nos atienda con la debida justicia quedamos de Sus Señorías sus afmos. subordinados.

Moral de Cva. 8 de junio de 1933.
Fernando Márquez, Mariano López, Vicente Sánchez, Esteban Barbero y Pedro Navarro.

Imp. «Vita Nueva» Cuartero Puenteblanco.